

[ATELIER]

IAN RIVERA

*Para la tímida y asustadiza niña
que guardó silencio por años.
Gracias a ti, ahora yo estoy alzando la voz.*

ACABO de asesinar a la princesa Elizabeth Windsor... O quizá lo hice hace ocho semanas, cuando enterré un bisturí en su pecho; tal vez fue hace meses, cuando ella visitó mi atelier por primera vez; aunque también pudo haber sido el año pasado, cuando ella habló con sus padres y estos, con su rechazo, la obligaron a escapar del reino.

No importa la fecha que sea colocada en los boletines, lo único seguro es que el crimen se me adjudicará a mí. Después de todo, la princesa nunca más saldrá de mi taller; aunque afirmar que ella alguna vez entró, sería minimizar la existencia de Barry porque, a fin de cuentas, son la misma persona.

Barry sonrío cuando le muestro el cabello que acabo de cortar de su cabeza; las hebras doradas brillan como auténtico oro bajo la luz de las velas y se enredan unas con otras formando una larga trenza.

Sostengo el cabello con delicadeza. Aunque para los ojos equivocados solo estaría presumiendo un trofeo de otro de mis crímenes, para mí es el vestigio de un acto valeroso.

—¿Qué le parece su nuevo corte, señor Windsor?

—Yohan, por favor. —Barry frunce el ceño y aprieta los labios—. Ya te dije que no te decapitaré si eres menos formal —reniega.

Ignoro su comentario y me apresuro a guardar la trenza en una caja de madera. Sé que dejar de llamarlo «príncipe Windsor» fue demasiado atrevido de mi parte y, aunque sea mi cliente, es importante no olvidar la diferencia de estatus: él es el heredero a la corona de un reino lejano; yo, un humilde criminal buscado en todos los continentes.

—Es hora de tomar la pócima. —Con un gesto de mano, lo invito a trasladarse a la habitación contigua.

Barry suspira ante mi nula reacción, se pone de pie, camina al otro cuarto y, sin que yo tenga que indicarlo, se recuesta en la cama que hay al centro de esta. Sonríe para mis adentros al ver que la pizca de molestia desaparece de su mirada y, en su lugar, la calma inunda cada uno de sus rasgos.

Uno de mis propósitos es hacer la estadía de mis clientes lo más cómoda posible; por ello, procuro que los cuartos donde se llevan a cabo las transiciones sean compatibles con sus gustos. En nuestro primer encuentro, Barry me dijo que solo se sentía libre cuando miraba el cielo de medio día, por eso la decoración consiste en paredes celestes y pequeñas nubes móviles; incluso, me he asegurado de que la iluminación imite a la de un día soleado.

—Huele a jazmín —musita con calma.

Mi felicidad no hace más que aumentar; una mente despejada hace menos doloroso el cambio, y pese a que no siempre es así, que Barry no se encuentre aterrado facilitará el proceso.

Me coloco al lado de la cama y toco suavemente su hombro para que su atención regrese a mí; la expresión serena del príncipe alterna con la del miedo cuando le muestro la pócima. El líquido es azul eléctrico; es hermoso a la vista, aunque en nuestro mundo, los colores exóticos solo son una advertencia de lo peligrosa que es la magia que se ejerce.

—¿Será doloroso?

—Para cada paciente, el proceso es distinto. —Mentiría si le doy una respuesta clara; a pesar de que llevo quince años en este

negocio, ni yo sé cómo la magia decide con quién ser despiadada y con quién, gentil.

Barry se endereza lo suficiente para quedar sentado, aparta los ojos de la botella y los centra en mí.

—¿Fue doloroso para ti?

Esa pregunta, sin querer, abre la puerta de mis desgarradores recuerdos: casi al instante, mi mente es atacada con la imagen de una adolescente desnuda que llora en la esquina de un pequeño baño. Cierro por un par de segundos los ojos y obligo a mi mente a enterrar de nuevo esa memoria. Finalmente, niego con la cabeza, pero no por la razón que le encantaría escuchar al príncipe.

—Cuando hice la transición, tuve que ingerir unas tijeras encantadas. —La expresión de Barry cede ante el temor, sus ojos se abren de par en par y sus labios tiemblan ligeramente—. No temas —lo tranquilizo—, el elixir que beberás te producirá un breve ardor en la garganta y otros efectos secundarios, nada comparado a esa magia arcaica.

Los hechizos que utilizo en mi taller son ilegales, por lo tanto, no muchas personas han experimentado con ellos para hacerlos menos dolorosos. Cuando tenía dieciséis años, solo se sabía de un conjuro para el cambio de voz en el que un par de tijeras de costura tenían que ser encantadas con ciertas palabras; después de años de estudio, conseguí replicar el efecto con una poción.

Lo mismo sucede con el resto de encantamientos existentes que sirven para la reasignación de sexo, aunque también he inventado unos cuantos para hacer este procedimiento más seguro y eficaz.

Barry se muerde el labio inferior; un atisbo de duda se asoma en sus ojos, pero desaparece al instante.

—Confío en ti.

Le tiendo la botella y, sin ni siquiera esperar mis próximas indicaciones, la abre y bebe el contenido de un trago. Ahora soy yo quien frunce el ceño, pero no le recrimino su impertinencia; a veces es mejor hacer las cosas rápido antes de dejar que el miedo nos consuma.

—Respire lento y profundo —le pido mientras lo ayudo a recostarse de nuevo.

El príncipe cierra los ojos —por el amargo sabor, supongo— y asiente. Por unos minutos, llevamos a cabo el ejercicio sin contra-tiempo, pero de pronto él se lleva las manos al cuello y arruga la cara. Lo sujeto de los hombros y le pido que mantenga la calma; en esta fase, debe sentir que se ahoga. Algunos de mis clientes afirman que sienten sus pulmones llenarse de agua, otros más lo describen como una bola de fuego en la garganta y unos pocos, como si fueran estrangulados con una cuerda de espinas. Sea cual sea su percepción, es aterradora.

Con el paso de los minutos, su expresión se aliviana y eso me da luz verde para aumentar un poco la temperatura de la habitación. Barry de inmediato siente el ligero cambio y sonrío. Aunque mantiene los ojos cerrados, estoy seguro de que en su cabeza visualiza el cielo despejado que tanto le gusta admirar.

Abro la boca con la intención de informarle que tendrá que quedarse en cama por unas horas —el cuerpo resiente la magia, más si se tratan de hechizos como estos—, pero me detengo al percibir el sonido de alarma del piso de arriba. Barry es incapaz de escucharlo, ya que está diseñada para no molestar a mis clientes; pero, en mi cabeza, suena como el graznido de una parvada de cuervos.

Salgo de la habitación sin alarmar al príncipe y cierro la puerta con seguro para evitar que mis «inesperados» visitantes perturben su descanso. Me dirijo entonces hacia las escaleras y subo los peldaños tan rápido como puedo.

En el primer piso, se encuentra la sala donde recibo a mis clientes, así como la cocina y comedor —el atelier también es mi hogar—, y aunque la puerta principal no emita sonido alguno, sé que en alguna parte de este continente alguien está forzando una de las puertas que conectan con este lugar.

Como han descubierto esa entrada, es inútil desaparecerla; lo mejor es dejarlos pasar, tener un enfrentamiento corto y esperar su molesta visita dentro de unos meses, cuando alguien más «muera» a causa mía. De lo contrario, buscarán otra puerta y ahuyentarán a mis futuros clientes.

No estoy entusiasmado —odio que interrumpen una sesión—, así que me tomo unos segundos para formular un plan que saque a esos imbéciles de aquí sin mucho esfuerzo. También observo con tristeza el juego de cojines nuevos que descansan sobre los sofás; aunque intentaré llevar la pelea a otro lado, estoy seguro de que terminarán por estropearse.

Desde mi posición, estiro la mano y, a mi señal, la puerta principal se abre; por acto reflejo, inclino la cabeza hacia un lado cuando noto un objeto dirigirse a mi rostro. No soy tan veloz como esperaba y el objeto roza mi mejilla, lo que deja un pequeño rasguño en mi piel.

Loane Sallow aparece en escena segundos después, tal y como se esperaría del líder de los elfos; su apariencia elegante no se ve perturbada por el inicio de nuestro enfrentamiento.

No hay mucho que decir respecto a su apariencia, salió del mismo molde que todos los elfos: sus rasgos son tan pulcros y finos que parece una estatua, su piel es tan clara como el mármol y su cabello se descompone en brillantes y largas hebras platinadas.

Es al menos tres cabezas más alto que yo y, aunque no suelo pensar en esa diferencia, siempre la recuerdo cuando lo veo agacharse para cruzar la puerta. En cuanto a su condición, si bien no es un mastodonte como lo es su novio, tiene músculos que se marcan en su ropa, detalle que estoy seguro enloquece a cualquiera, pero que a mí solo me irrita o, más bien, me hace envidiarlo. Se supone que el villano del cuento soy yo, pero tengo el físico de un adolescente con problemas existenciales; a veces creo que ni Loane ni su estúpido perro guardián me molestarían si luciera como alguien que les puede aplastar el cráneo con la mano.

Los ojos añil del elfo se mantienen fijos e imperturbables, pero aun así, soy capaz de notar su inquietud; finjo que desconozco su sentir y volteo hacia atrás.

Una espada está enterrada en la pared, mejor dicho, la espada de los Sallow; su empuñadura y filo son de color azul tan transparente que pareciera estar hecha de cristal. En otras circunstancias,

me atrevería a examinarla, pero como mi mejilla ya fue víctima de su filo, mi curiosidad por ella se desvanece.

La espada vibra y se desprende de la pared, la sigo con la mirada hasta que regresa a la mano del elfo.

—¿Dónde está la princesa Elizabeth? —pregunta con la misma monotonía de siempre. Estoy seguro de que el día que avive aunque sea un poco su voz, será el fin del mundo.

Me cruzo de brazos y ladeo el rostro; mis ojos van más allá de la espalda de Loane, detrás de él se visualiza un tenebroso bosque.

—¿Dónde dejaste al imbécil que siempre te acompaña?

El elfo arruga la nariz; odia que insulte a su pareja, pero es verdad: Egan es un imbécil y él lo sabe.

—Responde —exige con tono autoritario.

Sonrío como un verdadero genocida, pero no porque vaya a seguirle el juego a los héroes que interrumpen mi velada, sino porque soy consciente de que en uno de mis adorados cojines acaba de aparecer una huella de bota.

—Ahí estás, alimaña —musito.

Un movimiento de mano basta para que mande a volar el sofá junto a Egan; no estoy seguro si bebió algo para hacerse invisible o al fin se ha dignado a estudiar la magia como se debe, solo sé que su estúpido plan para «rescatar» al príncipe Barry nunca tuvo futuro. Esa clase de trucos son como simples sumas para mí, puedo detectarlos con facilidad.

Si yo soy el villano, Egan Begley es el héroe que se supone salvará a la humanidad de su destrucción. Pero, a diferencia de mí —que fui orillado a ser un criminal—, hay profecías y leyendas que hablan de Egan, así que no es una sorpresa que el mundo esté a sus pies.

Él y Loane fueron mis compañeros de clase cuando estudiaba en la Academia de Ocultismo y, pese a que no fuimos grandes amigos, eran mi ejemplo a seguir; supongo que es terrible que ahora ellos quieran matarme y que yo disfrute el patear sus traseros.

—¡Joanna! ¡Maldita bruja! —exclama Egan después de impactar contra la pared, el golpe provoca que sea visible de nuevo.

El hombre es todo lo contrario a Loane: su piel es del color de las almendras tostadas, su cabello siempre está corto y desordenado, su cuerpo es grande y pesado como el de una bestia salvaje y, por supuesto, no tiene los mismos modales que los del elfo.

Entrecierro los ojos y tiro al rostro de Egan el mueble más cercano; para mi mala suerte, Loane lo corta en cachos antes de que llegue a su novio.

—No me llames así —farfulto.

—¿Maldita bruja? —Egan sonrío burlonamente—. ¿O te referías a «Joanna»?

—Egan —lo regaña Loane. A pesar de que somos algo así como enemigos mortales, siempre me ha llamado Yohan, solo por eso procuro no ser tan rudo con él.

Si antes no estaba de ánimo para lidiar con ellos, debido al comentario de Egan, ese contador ahora está en números rojos. Muevo ligeramente mi mano y algunas chispas aparecen debajo de los pies de la pareja; el suelo deja de ser tangible y, aunque yo no le presto atención a la escena, sé que ellos ven un lago con anguilas; ni siquiera tienen tiempo de luchar cuando caen dentro de este. Las chispas desaparecen y, con ellas, el pequeño portal que abrí para deshacerme de ellos.

A veces deseo que estos quince años en «el camino del mal» hubieran endurecido mi corazón aunque sea un poco, así sería capaz de ejecutar a los individuos molestos como Egan o los miembros del Consejo; ellos nunca han respetado la integridad de los seres como yo —esto no se limita a la raza humana; mis clientes son ogros, elfos, duendes, hadas y un largo etcétera—. Al contrario, nos tratan como criminales, y como yo soy el encargado de «crear más seres repulsivos», soy señalado como el infame hombre que planea destruir el equilibrio del mundo.

El príncipe Barry se fue esta mañana después de tres días de recuperación; la pócima cambiará su voz gradualmente, pero solo después de nueve semanas lo notará de forma marcada. Agendé su

siguiente cita para dentro de tres meses, ya que él aún debe decidir si quiere someterse a los otros procesos que tengo disponibles.

Por el momento, no tengo más consultas que atender hasta el próximo mes, así que hoy me limitaré a leer, dormir y comer. La verdadera gloria si se considera que hace poco tuve que lidiar con Egan y Loane; ruego a los cielos no tener que verlos hasta el próximo año porque mis ingresos no son tan buenos como para costear más de sus destrozos.

Me tiro en la cama con un libro en mano y lo abro donde se asoma la borlilla del marcapáginas, pero solo tengo el placer de leer la primera oración cuando uno de mis familiares chilla.

Ellos son los encargados de guiar posibles clientes al atelier; algunos son gatos o lobos, aunque prefiero a las aves —cuervos y lechuzas, sobre todo—. El llanto de hace un instante pertenece a un búho, y aunque interrumpió mi descanso, no me enfada su llamado.

Me traslado del dormitorio a la sala.

Sobre la mesita de noche hay una bola de cristal que me permite ver lo que mi familiar y así decidir si es prudente permitirle la entrada al visitante o no.

Parpadeo al notar a Loane en la bola de cristal; por un momento, pienso que estoy soñando, ya que es imposible que él o su novio llamen antes de derribar mi puerta; pero, tras ver su semblante angustiado, me convengo de que esta es una situación excepcional.

—Yohan, por favor, abre la puerta. Necesito tu ayuda.

Por primera vez en toda mi vida, veo a Loane sudando, con manchas de sangre que ensucian su rostro, la respiración agitada e irradiando de sus ojos otra emoción diferente a la monotonía o molestia.

Como la visión de mi familiar es limitada, solo puedo ver con claridad su rostro y parte de su cuello. Ladeo la cabeza intentando darle forma al resto de la imagen, ya que me parece que está sosteniendo a alguien, pero no estoy seguro.

—Es mi... mi... hermana —balbucea.

Él me agrada más que Egan, pero no por eso significa que confíe en él, este podría ser un truco para capturarme o matarme de una vez por todas.

—Ingirió unas tijeras —continúa—. Yohan, por favor, sabes a lo que me refiero.

Ahí está esa imagen de nuevo: veo a mi antiguo yo —Joanna— sollozando en el suelo del baño mientras vomita sangre y se retuerce; las lágrimas empapan su rostro, pero eso no oculta la intención suicida que sus ojos albergan. El dolor es insoportable, así que, por un momento, ve como su única salida la muerte.

No estoy seguro de cómo sobreviví a eso, pero, hasta el día de hoy, me duele la garganta cada vez que como, bebo o hablo por demasiado tiempo. Si me convertí en un criminal fue, precisamente, para evitar que alguien más pase por ese infierno.

—A tu derecha hay un roble, se abrirá un portal en unos segundos —le informo y casi al instante abro la puerta principal.

Ante mí aparece un hermoso bosque primaveral. Loane salta al interior sin ninguna duda y yo cierro la puerta sin prestarle mucha atención a él. Quien me interesa es la persona de delicada figura que sostiene entre brazos; tiene los mismos rasgos que Loane y me atrevo a decir que son tan parecidos al grado en que parece ser una versión joven del elfo.

La menor se estremece, abre la boca y sangre sale a chorros de ella; no permito que Loane me explique la situación, se la arrebato y la llevo al piso de abajo. El elfo me sigue mientras suplica que le salve la vida, a cambio hará lo que yo quiera; intenta convencerme de que lo haga, aunque está más que claro que lo ayudaré.

A continuación, la dejo en una de las habitaciones y empujo a Loane fuera.

—Quédate aquí y no molestes —ordeno, luego cierro la puerta.

Después de un par de horas, consigo estabilizar a la joven al suministrarle algunos elixires para la hemorragia interna y para sanar sus tejidos.

No me considero un sanador; aunque tengo noción de las enfermedades que aquejan a algunas especies y puedo tratarlas con remedios, hay mucho que desconozco. Sin embargo, estoy familiarizado con las lesiones que generan los hechizos de transición y eso me permite ayudar a personas como la hermana de Loane.

Tal y como lo esperaba, cuando abro la puerta, encuentro al elfo sentado en el suelo. Al verme, se pone de pie y se abalanza hacia adelante.

—Está bien —respondo antes de que me pregunte y cierro la puerta detrás de mí—. Y no, no puedes verla. Necesita descansar.

Su presencia me hace sentir incómodo, así que, en un intento de evitar hablar con él, me dirijo a las escaleras.

Loane ignora mis palabras y abre la puerta donde se supone que está su hermana, pero, para su sorpresa, se encuentra con una pared de roca. Sonríe de lado cuando su mirada cae en mí mientras continuo subiendo.

Quizá sea un tic, pero mi garganta comienza a arder, así que corro a la cocina por un poco de jugo de jengibre; la bebida también me produce un ligero ardor, pero es más agradable que el que me aquejaba.

—Pregunta. —Me sobresalto al escuchar la voz de Loane, creí que se iba a quedar resguardando la habitación como un perro, pero supongo que esa manía solo la tiene Egan—. Seguro tienes curiosidad.

Entrecierro los ojos y alzo los hombros, Loane se mantiene firme en el último peldaño de las escaleras.

—Tengo mis suposiciones —confieso y el elfo alza una ceja—. Su hermano está liado con el loco héroe que persigue a la única persona en la faz de la Tierra que puede ayudarla. —Arrugo la boca—. Y sus padres forman parte del Consejo, seguramente no se atrevió a decirlo.

Loane suaviza su expresión, evita mi mirada y se cruza de brazos.

—Lo hizo —confiesa con pesar—. Lo único que ella quería era que la llamáramos Stella, pero, para todos, siempre fue Elric, así que... fue difícil adaptarnos.

Le doy otro sorbo a mi jugo y el sabor me hace recordar un pasado que ahora parece lejano, cuando Loane me invitó una botella de esta bebida. Por supuesto, eso fue antes de que me delatará con Egan y el gusano me fichara como criminal.

En fin, Stella no tiene la culpa de tener un hermano como él.

—Los nombres son importantes, ¿sabes? —Loane regresa su mirada a mí—. Son una prueba de dónde venimos y una guía para saber a dónde nos dirigimos. Renunciar a nuestro antiguo nombre y adoptar uno nuevo también es un proceso, así que no te recrimines; en su lugar, intenta comprenderla, y si no puedes hacerlo, ten empatía.

La conversación basta para que me sienta agotado, hago un ademán con la mano y en la pared más cercana aparece una puerta que se abre poco después. Espero que, desde su lugar, Loane no pueda ver el interior, ya que mi habitación está sucia y desordenada.

—Como sea, puedes quedarte en la sala. —Le daría una habitación, pero los destrozos que hace cada vez que ataca mi taller no lo valen—. Más tarde revisaré a tu hermana y, si está despierta, quizá te deje verla.

No espero que responda y entro en la habitación, la puerta se azota a mis espaldas. Vuelvo a echarme en la cama, pero ya no continuo mi lectura; en su lugar, me aferro a las almohadas y cierro los ojos.

«Fue un día agotador», pienso.

Han pasado dos semanas desde que los hermanos Sallow llegaron a mi taller y ocho días desde que Stella despertó. Cuando lo hizo, descubrí dos cosas con tan solo ver su semblante: la primera, su voz se vio afectada por el encantamiento, así que su recuperación será lenta y no podrá hablar en meses; la segunda, no quiere ver a Loane. El elfo respeta la decisión de su hermana y se limita a preguntarme sobre su estado.

Algo que agradezco es que también respeta mi espacio. Los primeros días, permaneció sentado en la sala, sin emitir sonido alguno, y solo habló conmigo cuando fue necesario —en las comidas, sobre todo, o cuando tuvo que encontrar el baño—. Días después, me dijo que no podía quedarse sin hacer nada mientras esperaba

a Stella, así que le asigné todas esas tareas que, si bien puedo hacer con solo chasquear los dedos, son entretenidas para él, como cortar leña, pelar papas o luchar contra las pesadillas que acechan mi taller —estas absorben magia ajena para volverse tangibles—.

Loane se sorprendió cuando le dije que no eran mis compinches. Al parecer, todos estos años ha pensado que yo creaba esas criaturas para proteger mi guarida; si Egan y el Consejo también creen eso, explicaría por qué muchos me señalan como un ser despreciable.

Hoy le concedí la limpieza de una pequeña bodega. Mientras que él saca las cosas que hay en su interior, yo finjo leer un libro de alquimia. En realidad, disfruto tenerlo a mi servicio, siento que de este modo recompensa todo lo que ha destruido.

—¿Qué hago con esto? —me pregunta por décima vez.

Tengo la sensación de que no sabe distinguir entre un objeto mágico y basura, así que, en lugar de enfadarme, me tomo el tiempo de explicarle; no quiero que deseché algo importante.

Me muestra un letrero de madera; en él, se puede leer «Atelier» a la izquierda, lo que deja un espacio considerable en blanco.

—Oh, aún estoy pensando en un nombre para mi taller, así que guárdalo cerca de la puerta.

Loane asiente, pero después entrecierra los ojos y frunce el ceño.

—¿Tienes un taller? —pregunta.

—*Este* taller. —Hago una mueca cuando Loane abre los ojos asombrado—. No sabías que lo es, ¿cierto?

Asiente.

—Lo veo más como... ¿un laboratorio?

Dejo el libro de lado, incluso me levanto de la silla y, para darle dramatismo a mi molestia, me cruzo de brazos.

—¿Disculpa?

Loane aprieta los labios, seguro se está debatiendo si debe dejar la pelea por la paz —tengo a su hermana, un excelente rehén— o continuar. Por un momento, pienso que elegiré lo segundo, ya que hace el ademán de girarse, pero al final centra su atención en mí y niega.

—Lo que haces no es diferente a crear homúnculos —argumenta—. Juegas a ser un dios, Yohan.

—¿En serio crees eso?! —No puedo evitar gritar, mierda, jamás me habían comparado con esos desquiciados hechiceros—. Lo que hago es moldear cuerpos y voces, nunca me he metido con la vida —justifico—. Hago transiciones, Loane. No resucito muertos ni creo marionetas.

—Los métodos que utilizas son ilegales y van en contra de la naturaleza —replica y, aunque mantiene la calma, puedo ver sus ojos arder en ira—. Si fuera respetable cambiar nuestro cuerpo, todos lucirían como desean.

—¡No es cuestión de estética! —No debería gritar, eso hará que me duela la garganta, pero Loane me desquicia—. Y si hablamos de cosas ilegales, hace un siglo, Egan y tú serían condenados a la pena de muerte por amarse, pero gracias a «criminales» como yo es que ustedes ahora pueden vivir libremente. ¿Qué te hace pensar que no es la misma situación?

—Te equivocas, Yohan, no es lo mismo.

Quiero romperle la cara, pero eso sería caer muy bajo. A fin de cuentas, está aquí por su hermana y no porque seamos íntimos amigos; cualquier cosa que diga en mi contra no debería importarme.

Ignoro su último comentario, chasqueo los dedos y un portal se abre en el suelo, justo a mi derecha. Loane lo mira con fascinación.

—Solo termina de limpiar —mascullo y levanto el pie para ponerlo dentro del portal, mismo que me llevará a mi habitación.

—Espera. —Loane levanta la mano; lo odio porque el gesto consigue frenar mis movimientos—. ¿Haces eso todo el tiempo?

—¿Abrir portales? Ehm, sí.

Loane parpadea y separa ligeramente sus labios, luce sorprendido y no comprendo por qué.

—Las demás habitaciones también requieren un portal para entrar, incluso para llegar a este lugar se necesita uno. —Asiento sin saber cuál es su punto—. Me siento fascinado y amenazado por tu magia —concluye.

—Hace un segundo me insultaste y ahora me halagas, ¿podrías decidirte? Tu actitud me confunde. —Regreso mi pie a su posición original y observo el portal sin importarme menos.

—Yohan, has mantenido abierto ese portal por más de... ¿treinta segundos? Es asombroso.

Miro de soslayo al elfo, al principio sin entender, pero poco después recuerdo que, como la magia es caprichosa, los portales son herramientas que solo se utilizan en situaciones especiales. Uno de nuestros antiguos profesores perdió un brazo por culpa de un portal inestable, esa clase de accidentes suelen pasar.

—¿Insinúas que soy un criminal asombroso? —Sonrío.

Loane niega.

—Si no fueras un criminal, serías un hechicero asombroso.

Alzo los hombros, restándole importancia a su comentario.

—Egan nació para ser un héroe, quizá yo... nací para ser esto.

Salto al portal y lo cierro al instante para evitar que Loane vea que, en lugar de caer en mi cama, lo hice en el suelo. También sonrío porque, a pesar de todo, sigue llamándome Yohan.

Hoy no hay alarmas o golpes en la puerta que me alerten de la amenaza, por lo que no me percaté de la presencia de Egan hasta que recibo un golpe directo en la cara y caigo al suelo.

No soy capaz de reaccionar a tiempo; nunca me involucré en un altercado físico, siempre usé mi magia para luchar a la distancia y jamás ejercí hechizos ruines en contra de otros, sino que me limité a arrojar objetos a mis adversarios y empujarlos a portales con destinos deplorables. Por esta razón, el puñetazo consigue descolocarme. Parpadeo en un intento de enfocar la robusta figura de Egan y, a la vez, me pregunto cómo es que consiguió entrar.

De inmediato pienso en Loane y me regaño por creer que estaríamos en tregua hasta la recuperación de su hermana: por un momento, me duele su deslealtad, pero al instante recuerdo que, desde el inicio, no hubo un vínculo que destruir.

Levanto la mano para atraer alguno de los muebles cercanos al cuerpo de Egan, pero él es más rápido y sujeta mi extremidad. Con un suave movimiento, disloca mi hueso e imposibilita que ejerza mi magia.